Pacto con el Diablo (Editado)

P.Vanrretea (Annisa)



Capítulo 1

Pacto con el Diablo

La niebla se levantó durante la medianoche haciendo que el paisaje se viera aterrador. El frío que había en la intemperie provocaba escalofríos a todas las personas que se atrevieran a rondar en el exterior. Nadie en su sano juicio se atrevería a salir; por aquella razón, Francisco no se podía explicar que estaba haciendo allí. Iba vestido con ropa ligera, unos pantalones cortos y una camiseta blanca y delgada. El frio de la noche le estaba calando los huesos.

Confuso por la situación, comenzó a caminar buscando algún tipo de explicación del por qué estaba en ese lugar, pero mientras más avanzaba nada parecía hacerle sentido. Lo peor de todo aquello, es que no había nadie a quien solicitar ayuda, porque para su mala fortuna, ni siquiera conocía aquel lugar. Continuó caminando sin rumbo fijo. Simplemente tenía la sensación que si caminaba en forma recta llegaría al final del camino, aunque no supiera a ciencia cierta con qué se encontraría.

Cuando pensó que su caminata no le estaba llevando a ningún lado, pudo divisar unas sombras oscuras que se alzaban a un par de metros. Olvidándose del frio que sentía, se acercó para ver de qué o quién se trataba. Su sorpresa fue aún mayor cuando se dio cuenta que era lo que menos se esperaba.

Seis corceles negros y altos tiraban de un carruaje del mismo color de los caballos al interior del cementerio que estaba abriendo sus grandes rejas de hierro, mientras que una gran multitud les seguía de cerca como el cortejo fúnebre. Analizando sus posibilidades, Francisco se acercó a la muchedumbre para poder preguntarles donde estaba realmente, y que estaban haciendo a esa hora de la noche en el cementerio. No obstante, cuando se acercó nadie le hizo el menor caso. Todos lo ignoraban como si fuera un simple objeto. Eran como si realmente fuera invisible.

Enojado y sentido por la poca educación de las personas que estaban presentes, decidió seguirlas y ver a quien estaban sepultando. Por un instante, pensó que se trataba de un bombero o alguien parecido. Al fin y al cabo, y como dicta la tradición, ellos eran los únicos que eran enterrados a esa hora. Sin embargo, no le hacía sentido en su cabeza la presencia del carruaje y de los caballos.

Intrigado, se quedó para ver cómo era sepultado la pobre persona que iba en la carrosa. Cuando lo sacaron del carruaje, se dio cuenta que el ataúd era de color negro como la misma noche, con algunos detalles

plateados. A simple vista, lucía bastante tétrico. Francisco jamás se le pasaría por la cabeza escoger un ataúd de ese color para ser sepultado. Vio como un grupo de hombres cargaban el gran cajón de madera hasta un mausoleo blanco y muy grande con seis grandes pilares parecidos a los del Partenón.

Aprovechando que al parecer pasaba desapercibido por todos los asistentes del funeral, se coló entre ellos para poder ver cómo era sepultado. Mientras avanzaba, se dio cuenta de la extraña vestimenta de las personas. Las mujeres llevaban vestidos largos y negros bastantes voluptuosos con un gran velo negro sobre la cabeza cubriéndole el rostro y el cuello. Por otro lado, los hombres llevaban fracs negros con unos enormes sombreros de copa. Todo era muy típico del siglo XIX. Sin embargo, jamás se esperó ver lo que ocurriría más adelante.

Francisco se imaginaba que, al ser un mausoleo, dejarían el ataúd en algún nicho junto a otros familiares; sin embargo, nada de eso ocurrió. En el centro del mausoleo, lo esperaba un enorme sarcófago de piedra blanca que estaba suspendido en el aire por cuatro patas de felino, similares a los de un león. No obstante, y lo más curioso de todo aquello era que cada pata no tenía cinco dedos sino seis. A pesar de lo intrigante que era la situación, observó en silenció como los seis hombres depositaban el ataúd dentro del sarcófago. Con la ayuda de más hombres lo sellaron con una enorme tapa de piedra cubriéndolo por completo.

Vio como las personas que estaban acompañando al individuo en su última morada, se alejaban lentamente de allí. Esperó hasta que todo el mundo se fuera para poder ver el nombre de la persona que acaba de ser enterrada. Cuando al fin quedó solo, se acercó para leer la placa que había sobre la tapa; y de esa forma conocer quién era la persona que se le ocurrió semejante despedida.

—Hemos llegado señor.

Francisco se sobresaltó al escuchar la voz del taxista. Acabada de llegar a esa ciudad después de tantos años, y en vez de estar observando el paisaje, dejó que su mente volviera a pensar en el sueño que lo ha había estado acosado durante meses y que había vuelto a la carga la noche anterior. Era una lástima que siempre terminara de la misma manera. Jamás podía ver de quien era la famosa tumba. Era como si su subconsciente no quisiera que averiguara de quien se trataba. En fin, tal vez jamás lo averiguaría.

—Gracias —respondió volviendo a la realidad. No le llevaría a ningún lado si continuaba pensando en ese sueño.

Una vez que bajó sus maletas del taxi, dirigió su mirada a la casa que lo estaba esperando. Hace más de cuarenta años había vivido ahí y ahora

regresaba para volver a recuperar parte de esos recuerdos que tenía sepultados en algún lugar de su mente. O simplemente para crear unos nuevos.

Desde pequeño había vivido en aquella ciudad, pero sus padres tomaron la decisión de llevárselo a vivir a otro país, de donde ellos eran originarios. Con los años, tenía vagos recuerdos de aquel lugar, por lo que se prometió que algún día volvería a reencontrase con ese momento de su vida pasada que quedó en la estancada tantos años atrás. Ahora, estaba ahí, en esa gran casa que había pertenecido a su tátara abuelo, quien curiosamente, llevó su mismo nombre.

Cada día que pasaba, Francisco se sentía más cómodo en su nuevo hogar. Sabía que los recuerdos, aunque fueran vagos no volverían a su mente, pero estaba dispuesto a construir unos nuevos. Contrató varios empleados, de los cuales muchos trabajaron para su familia cuando él era un niño. Todos estaban tan felices de su llegada; tanto, que la suerte de sus antepasados, le estaba sonriendo de la misma forma que a ellos anteriormente. No obstante, el sueño que lo estaba acosando desde hace meses, se repetía cada noche. El frío que calaba los huesos, los corceles negros que llevaban el carruaje, el ataúd, las vestimentas extrañas de las personas que asistían al funeral y esa tumba… lo que más le intrigaba era esa tumba.

Así fue como estaba Francisco una tarde, mientras observaba como las primeras estrellas comenzaban a aparecer en el cielo. Se encontraba sentado en una silla de mimbre tan enfrascado en sus pensamientos que no se dio cuenta que José, uno de los empleados más antiguos, se le acercaba por detrás. Sintió una mano cálida en su hombro que lo sacó de sus pensamientos.

—¿Qué pasa muchacho? Te he visto desde hace un buen rato y has estado muy serio. ¿Te preocupa algo? —José no pudo evitar mirar al niño que había conocido tantos años atrás y que ahora había regresado convertido en un hombre, además de su jefe.

—No, José. No me pasa nada. Solo… solo estaba recordando un sueño que he tenido desde hace unos días —Francisco no quería entrar mucho en detalles. Si bien le tenía mucha confianza a José, quería creer que su sueño era eso, un simple sueño y nada más.

Por otro lado, José, quien tenía uno alrededor de ochenta y cinco años, se sentó junto Francisco. Cuando lo observó a lo lejos, vio en su semblante algo que le preocupaba y no le gustaba verlo de esa forma. Conocía a su familia desde hace años, por lo que realmente le inquietaba verlo en aquel estado—. ¿Quieres hablar de él? Tal vez te ayude para que

puedas olvidarlo si se lo comentas a alguien.

Francisco pareció pensarlo por un momento. A nadie le había comentado sobre este extraño sueño que lo estaba asechando; y tal vez José tenía razón. Para poder olvidarse de él debía comentárselo a alguien. Incluso, puede que tuviera algún significado especial.

—Es un sueño muy raro… siempre es de noche y estoy caminando sin rumbo fijo en medio de la niebla… hace mucho frio, tengo mucho frio. La verdad es que no sé por qué, pero en el sueño me encuentro vestido con unos pantalones cortos y una camiseta. Una tenida bastante casual, pero nada acorde a la situación.

—Como estás ahora... —señaló José.

En ese instante, Francisco se observó y se dio cuenta que estaba vestido exactamente igual que en su sueño. Después de llegar del trabajo decidió cambiarse de ropa por algo más cómodo. Sin embargo, y por una extraña razón, pasó por alto que la ropa que había escogido era la misma que la de su sueño—. Sí… no me había dado cuenta.

—Debe de ser una coincidencia, a veces la cabeza nos juega una mala pasada. Continúa contándome tu sueño.

No muy convencido de lo que le dijo José, continuó con su relato. Tuvo el sueño tantas veces que no escatimó en detalles al contárselo a su acompañante. Habló absolutamente todo, incluso del extraño sarcófago donde fue depositado el ataúd. Aunque lo que le carcomía el cerebro era el nombre de la persona que había sido sepultada en ese lugar—. … y en eso me despierto.

—¿Jamás has logrado averiguar a quien pertenece esa tumba?

—No, cuando creo que voy a descubrirlo… me despierto.

José cerró los ojos mientras pensaba en el sueño de su patrón. Por más que conociera a Francisco desde pequeño, el respeto que sentía por su familia era muy grande, por eso estaba pensando seriamente en contarle algunos comentarios que habían resucitado en el pueblo desde su llegada.

Siempre había pensado que era una tontería aquellos chismes, pero ahora que escuchaba el sueño de Francisco… tal vez, los habitantes del pueblo no estaban tan locos como él pensaba.

—¿Qué piensas de todo esto? ¿Acaso estoy loco? —preguntó Francisco

al ver la expresión de José.

—No lo creo muchacho, no lo creo. Mira… tal vez esté pecando de ignorante y juro por Dios que espero que así sea, pero…

—¿Qué ocurre? —interrumpió Francisco. No sabía por qué, pero tenía la sensación de que José en algo podía mitigar su inquietud, aunque fuera una locura.

José suspiró.

—Antes que nada, quiero que me respondas a una pregunta. ¿Alguna vez has hablado de este sueño con algún familiar?

—No… es primera vez que se lo cuento a alguien. ¿Por qué?

—Francisco… creo saber de quién es la tumba.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Acaso existe? —estaba anonadado. ¿Cómo era posible aquello? ¿Acaso él ya había visto esa tumba cuando pequeño y ahora regresaba a su mente en una especie de sueño?

—Sí. Está en el cementerio del pueblo.

Francisco estaba muy confundido. No podía creer lo que le estaba contado José ¿Cómo era posible que esa tumba existiera? ¿Y que tenía que ver su familia en todo esto?

—No estoy entendiendo, que tiene que ver mi familia… —Francisco negaba con la cabeza mientras intentaba ordenar sus pensamientos, pero todo aquello era demasiado. Lo estaba sobrepasando.

—Todo ocurrió hace muchos años… —interrumpió José—. Cuando tu tátara abuelo llegó a este pueblo. ¿Conoces esa historia?

—Claro, él era un hombre muy pobre. Salió desde su país en barco para poder llegar a nuevas tierras, por así decirlo y crear una fortuna. Cosa que logró un par de años después de vivir en esta zona —Francisco resumió la historia de su tátara abuelo lo mejor que pudo.

—Exactamente, sin embargo, lo que se rumorea es que para conseguirlo él hizo un trato con alguien.

—¿Con quién? ¿Qué clase de trato? —ahora sí que la confusión de Francisco estaba superando los límites—. ¿Acaso estafó a alguien?

José rio por el último comentario de Francisco—. No estafó a nadie.

Negoció su alma.

—¿Estás hablando en serio? —si antes estaba confundido, ahora estaba escéptico; sin mencionar lo divertido del comentario de José. Era imposible que su tátara abuelo hiciera aquello.

—Sí. Eso es lo que se dijo en aquella época. Lo sé porque mi padre me lo contó —le aseguró José.

—¿Y dices que la tumba con la que sueño es la de mi tátara abuelo? —la voz de Francisco sonaba cada vez más irónica.

—Sí.

—¿No crees que suena… un poco fantástica esta historia?

—Tal vez, pero… mira muchacho te contaré lo que se dijo en su momento y que continúa diciéndose.

Toda preocupación había desaparecido de la mente de Francisco. La historia que le estaba contando José era tan fantástica que no dudaba que se estuviera inventando para subirle el ánimo. A pesar de aquello, lo escuchó con atención. Todo era una verdadera locura—. De acuerdo, cuéntame lo que ocurrió.

—Se dice que tu tátara abuelo hizo un pacto con el mismísimo diablo, donde él le ofrecía su alma a cambio de una gran fortuna. Cuando selló el trato quedó estipulado que solo cuando sus huesos tocaran la tierra, su alama quedaría a merced del demonio. No obstante, se dice que su tátara abuelo fue más inteligente de lo que pensó el diablo. Antes de morir, mandó a hacer el mausoleo donde descansaría por toda la eternidad. En ese lugar, solo él podría ser enterrado, ni quiera su esposa está allí. También mandó a construir un sarcófago suspendido en el aire. Solo tiene como base cuatro patas de león que la sostiene. De esa forma sus huesos jamás tocarían la tierra y el diablo jamás podría reclamar su alma.

Francisco escuchó atentamente la historia de José, no pudo evitar reírse por la imaginación de las personas que crearon esa historia.

—No deberías reírte, hijo. Tal vez todo esto sea verdad.

—¡Es imposible! Mi tátara abuelo fue un hombre solidario. Mi abuelo me lo contó, siempre decía que era un hombre leal y justo. Siempre ayudó a los más necesitados. Todo el mundo lo quería. De hecho, el mismo dijo que recordaba que en su funeral fue muy concurrido. Todo el mundo quería despedir al hombre que levantó la ciudad con empleos para todos

los habitantes de aquí.

—Nadie dice lo contrario. Todos están de acuerdo que la llegada de Francisco González a este lugar trajo muchos beneficios, que hasta el día de hoy se pueden observar. Solo dicen que lo que se viene rumoreando desde hace décadas. Además, la historia ha circulado como pólvora, tanto que la tumba de tu tátara abuelo se ha transformado en una atracción turística. Todo el mundo lo visita para ver su extraño sarcófago.

—¿Y me dices que es igual a la que te describí mientras te contaba mi sueño?

—Sí. ¿Recuerdas haberla visitado cuando eras un niño? —preguntó José. Francisco quiso responderle que sí, que por eso soñaba con la tumba, pero no estaba seguro. Además, su intuición le decía que jamás había estado presente en ese mausoleo.

—No.

—Tal vez deberías de ir a verla y salir de dudas —sugirió José mientras se levantaba del asiento

Francisco miró su reloj. Ya era muy tarde para ir a ver la tumba de su tátara abuelo y salir de dudas.

—En verano, el cementerio cierra más tarde —señaló José intuyendo que Francisco iría cuando él desapareciera de su vista—. Si te vas ahora, alcanzarás a llegar.

No supo que lo impulsó a hacerle caso a José. Condujo su camioneta por las calles del pueblo para ir al cementerio, prácticamente cuando ya no quedaba luz natural. Era una estupidez por su parte, pero necesitaba salir de dudas, además, la curiosidad lo estaba matando. Necesitaba descubrir si la tumba era la misma con la que había soñado. Aunque nada de lo dicho por José le hiciera sentido.

Cuando llegó a la entrada del cementerio, quedó estupefacto al ver la fachada. Unas grandes rejas grandes y negras marcaban la entrada principal. Era lo suficientemente grande y ancha para que cayera cinco carrosas al mismo tiempo. En su interior sintió un leve cosquilleo advirtiéndole que algo estaba a punto de ocurrir. Haciendo caso omiso de esa sensación, ingresó al panteón buscando con lo que llevaba soñando.

Siguió el camino que recorrió en su sueño, provocando que las imágenes se le fusionaran como una sola. Por un momento no supo cuál era la realidad y cuál era parte de los recuerdos de su sueño. Llegó al mausoleo que llevaba hostigándolo por mucho tiempo. Al ingresar, vio que efectivamente estaba el sarcófago de piedra blanca. Como en su sueño,

estaba suspendido en el aire por cuatro patas de felino en cada extremo con seis dedos cada una.

Francisco no se dio cuenta de cuánto tiempo estuvo observando el sarcófago, minutos o tal vez horas, pero cuando volvió a ser consciente de lo que estaba ocurriendo el lugar estaba oscuro. La noche había caído como un manto negro cubriendo todo a su paso. Se acercó al sarcófago para poder leer la inscripción de una vez por todas. En la tapa había una peña placa de piedra blanca. Con letras negras lucia el nombre de Francisco González nacido en el año 1840, representado por una estrella. Más abajo se podía ver una cruz donde sobresalía el año de su partida 1914.

Por inercia, levantó su mano derecha para tocar la inscripción. Sintió como el frio del material le recorría el cuerpo por completo como si estuviera ahí dentro, junto con los huesos de su tátara abuelo. En ese instante, tuvo la certeza que estaba siendo observado por alguien.

Al darse la vuelta descubrió a un hombre vestido completamente de negro, como los asistentes del funeral de tátara abuelo hace tantos años. Su piel blanca, como la nieve, contrastaba con el de su cabello negro y largo que le llegaba a la altura de los hombros. Su mirada era oscura y la mantenía fijamente en él. A pesar de que su postura era recta, llevaba un bastón negro que tenía una empuñadura plateada. A simple vista, Francisco no su supo que figura era, pero cuando logró observarla con detenimiento se dio cuenta que se trataba de una calavera.

El frio que estaba sintiendo se intensificó a tal grado que se comparaba con el frio que sentía en su sueño. Antes de que pudiera decir algo en voz alta, escuchó como el hombre con voz profunda y sedosa le hablaba.

—Nos volvemos a encontrar, querido Francisco. Es hora de que saldes tu vieja deuda…

El hombre lanzó una sonrisa enigmática, que provocó que el rostro de Francisco se desmoronara por completo.

FIN

Nota del autor: Inspirado en la tumba ubicada en el Cementerio N°3 de Playa Ancha en Valparaíso, Chile.